

FAKE NEWS: LA NUEVA ARMA DE DESTRUCCIÓN MASIVA

Cómo se utilizan las noticias falsas
y los hechos alternativos para
desestabilizar la democracia.

**David
Alandete**



¿Quién está detrás de
las campañas de apoyo
a Trump, al Brexit o al
independentismo catalán?

DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Introducción. «Es un productor en serie de noticias falsas»

1. «Rusos y catalanes podemos llegar a acuerdos importantes»
2. «Tanques en las calles de Barcelona»
3. «Ésta es la zona cero de los catalanes»
4. «Ha comenzado la primera guerra mundial en internet»
5. «España reprime por la fuerza la primavera catalana»
6. «El trumpismo reina desbocado en Cataluña»
7. «RT es un arma como cualquier otra»
8. «Luchamos contra el creciente fascismo en Europa»
9. «Vallekas no es lugar para nazis»
10. «¿Por qué no bombardea la OTAN Madrid durante 78 días?»
11. «España, parece que un oso merodea tus bosques»
12. «Sabemos lo que estáis haciendo y no lo vais a conseguir»
13. «Un clima envenenado para el libre ejercicio del periodismo»
14. «Nadie podía esperar que esto pasara en un país tan próspero como Alemania»

15. «En Italia se dan escenas propias de una guerra civil»
16. «Macron podría ser un agente de Estados Unidos»
17. «¡Es George Soros, y no Rusia!»
18. «Cataluña necesita reconciliarse con la verdad»
19. «Esto ha terminado»
20. «No queremos ser un ministerio de la verdad»

Epílogo. «Un acto de traición sin precedentes»

Anexo. Programa 2000

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a con-
tenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

A nadie le sienta bien que le den plantón, pero solo duele la primera vez. Para cuando vuelve a ocurrir, uno ya está anestesiado. Eso, al menos, es lo que quiere creer Pierce, por lo que al abandono de su última pareja no le dedica siquiera cinco minutos de su tiempo, y menos aún cuando toda su atención está centrada en la remodelación de un antiguo palacete renacentista, propiedad de su familia, que quiere convertir en hotel de lujo.

Sin embargo, cuando llegue a Carcassonne, además de encontrarse con una joya arquitectónica, se topará también con un montón de secretos ocultos entre sus muros que retrasarán la obra.

Y, por si fuera poco, recibirá una visita inesperada que pondrá su mundo patas arriba.

Fake News: la nueva arma de destrucción masiva

Cómo se utilizan las
noticias falsas
y los hechos alterna-
tivos para
desestabilizar la de-
mocracia

DAVID ALANDETE



EDICIONES DEUSTO

Introducción

«Es un productor en serie de noticias falsas»

El 26 de marzo de 2018, pasadas las cinco de la tarde, recibí una llamada en mi teléfono móvil de un número con prefijo italiano que no tenía grabado. Recuerdo que estaba en mi mesa de la redacción de *El País* en Madrid, trabajando en un artículo sobre las elecciones europeas del año siguiente y la posibilidad de que una nueva campaña de injerencias procedente de Rusia diera como resultado un Euro parlamento bloqueado y sumido en el caos.[1] Llevaba ya unos cuantos meses compaginando mi labor de gestión digital del diario con una serie de investigaciones sobre las injerencias rusas en la vida política europea, en especial en el proceso de independencia en Cataluña.

Era Mario Calabresi, director de *La Repubblica*, el principal diario italiano, quien me llamaba para avisarme de que la periodista Stefania Maurizi, que tiene una amplia experiencia informando sobre Wikileaks, había entrevistado a Julian Assange en Londres y que éste había utilizado una buena parte del intercambio para descalificarme y acusarme de haberle injuriado.[2] No era la primera ocasión en

que el fundador de Wikileaks, que desde 2012 estaba asilado en la embajada de Ecuador en Londres, me atacaba en público. Sólo unos meses antes me había acusado ante sus más de 750.000 seguidores en Twitter de ser «el propagandista en jefe» del Estado español, calificándome de «demente» e inventor de toda una serie de «teorías de la conspiración». «Es un productor en serie de noticias falsas», me había llegado a decir.[3] La novedad era que Assange se hiciera entrevistar por una periodista de su confianza para verter ese tipo de acusaciones en uno de los principales medios de comunicación en Europa y el mundo.

Lo cierto es que hace una década, cuando comencé a trabajar para *El País* en la corresponsalía de Washington, profesaba una sincera admiración a Assange, ya que éste defendía la transparencia gubernamental como una forma de prevenir los abusos de poder. Fue para mí y para muchos otros periodistas de *El País* una oportunidad única poder participar en el equipo que informó en 2010 de los cables de la diplomacia estadounidense, lo que convirtió a Assange y a Wikileaks en proscritos en Estados Unidos.

Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Primero, frustrado con la meticulosidad y la cautela de los medios tradicionales, Assange había decidido publicar por su cuenta cientos de informes clasificados sobre la guerra de Afganistán, sin tachar previamente, como hacíamos en las redacciones, los nombres de informantes y fuentes, que de ese modo quedaron desprotegidos ante posibles represalias por parte de la guerrilla talibán. El Pentágono llegó a afirmar que él y Wikileaks tenían las «manos manchadas de sangre», una acusación de una gravedad extrema.[4] Posteriormente llegaron las denuncias por agresión sexual en Suecia y su huida al Reino Unido, desde donde, años después, lanzó una feroz campaña contra Hillary Clinton en las elecciones presidenciales estadouniden-

ses.

Por aquel entonces, Assange ya había iniciado un controvertido flirteo con Rusia y sus medios estatales, expertos en injerencias en todo tipo de elecciones y crisis políticas a ambos lados del Atlántico. Eran de sobra conocidos sus contactos con Margarita Simonián, la directora de los dos buques insignia de esa gran red de desinformación, RT y Sputnik. De hecho, en 2012 Assange llegó a presentar en RT su propio programa de televisión, en el que entrevistó a Rafael Correa y Hasan Nasralá, entre otros líderes mundiales críticos con los valores occidentales y la democracia liberal.

A pesar de todo, poco tenía yo que decir de Assange y las decisiones de cómo gestionaba Wikileaks, hasta que tropecé con él durante la investigación de la alarmante proliferación de noticias falsas y bulos en los días previos al referéndum de independencia de Cataluña, ilegalizado por la justicia española. Las informaciones más alarmistas, que hablaban de guerras mundiales y violencia, remitían en gran número a pronunciamientos exagerados y engañosos de Assange, que se había convertido en una de las voces con más influencia en el mundo sobre la crisis catalana en las redes sociales.

Aquello sí que era una novedad, porque antes del 9 de septiembre Assange no había compartido ningún mensaje en Twitter, su red social favorita, sobre el proceso de independencia de Cataluña. Desde entonces, y hasta el día del referendo, compartiría unos 48 mensajes en inglés, español y catalán, todos abogando de forma apenas disimulada por la independencia, comparando la acción policial española con la represión del régimen chino en las protestas de la plaza de Tiananmen, en las que murieron miles de personas, y al gobierno español con la dictadura nazi. En mi primera información sobre las injerencias rusas en el proceso

de independencia catalán, publicada el 23 de septiembre de 2017, mencioné a Assange y a Edward Snowden, asilado en Rusia tras filtrar los informes secretos de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, como una parte de esa campaña de desinformación que se había posado sobre Cataluña, para exagerar el conflicto y presentar la crisis como lo que no era: el intento de la oprimida nación catalana por convertirse en una república independiente ante la represión de un Estado español autoritario que todavía no había dejado atrás su pasado franquista.

No es ningún secreto que los medios de comunicación tradicionales han perdido el control de la distribución de información, con unos efectos todavía inciertos para la salud de las sociedades democráticas. Desde que Antonio Caño, director de *El País* entre 2014 y 2018, me encomendó la gestión digital del diario, me quedó muy claro. El principal periódico en español del mundo competía por audiencia con todo tipo de medios, serios o no, públicos y privados, editados en Madrid, Moscú o Washington, que podían publicar con gran éxito de audiencia cualquier noticia, real o inventada.

A medida que caen drástica e imparablemente las ventas de los diarios en papel, aumenta el número de lectores que llegan a las noticias a través de buscadores y redes sociales en sus teléfonos móviles. Una de mis labores como director adjunto del diario era estar pendiente de lo que publicaban otros medios y de qué se hablaba más en las redes sociales. En septiembre de 2017 descubrí que las informaciones que publicábamos en *El País* se veían en numerosas ocasiones superadas en Facebook y Twitter por otras de RT como «Assange pronostica para el 1-O el nacimiento de Cataluña como país o una guerra civil».

Sospeché, y luego confirmé con ayuda de estudios como el del investigador Javier Lesaca,^[5] de la presencia en

la conversación sobre Cataluña de cuentas automatizadas, los célebres *bots*, que se habían activado en otras crisis políticas como la del *brexit* en el Reino Unido o las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Al término de la investigación para este libro me di cuenta, sin embargo, de que los bots son una parte mínima del problema, y que la psicología humana es la razón principal del éxito de la desinformación.

A lo largo de los meses en que publiqué, solo o junto con otros periodistas, informaciones sobre esta injerencia, me sucedió algo realmente insólito y he de reconocer que incómodo: los activistas del independentismo catalán, los medios estatales rusos y Assange y su equipo de colaboradores en Wikileaks me pusieron en el centro de sus críticas, en una campaña sin cuartel de acoso y desprestigio en la que se me acusó de ser un propagandista y un franquista, de defender el fascismo español, de estar a sueldo del inversor George Soros y hasta de trabajar para la CIA, por citar sólo algunos ejemplos.

El propio Assange, cuatro días después de que publicara en *El País* una mención a sus mensajes en Twitter sobre Cataluña, me mandó tres mensajes en la misma red social haciendo referencia a que hubiera viajado con el ejército de Estados Unidos a Afganistán en 2011 como si aquello implicara que desde entonces trabajaba para el Pentágono. En uno de ellos me adjuntó además un artículo del blog *Antiwar* en el que se me acusaba de tratar a Cataluña, como el resto de España, «con una condescendencia burlona a pesar de su más elevado nivel de democracia cívica y cultural».[6]

Ésta es la nueva realidad del ejercicio del periodismo: si un informador publica una noticia incómoda, se le apunta con el dedo para invalidar lo que dice tratando de desacreditarle a él personalmente. Desde luego no he sido el pri-

mero ni seré el último profesional del periodismo en ser objetivo de esas campañas, que por otro lado son tristemente comunes en España y sobre todo en Cataluña, tal y como refleja un informe de 2017 de Reporteros Sin Fronteras.[7] Pero haberlas sufrido me dio la determinación de plasmar en un libro los hechos y nada más que los hechos referentes a las noticias falsas en Cataluña entre septiembre y diciembre de 2017, algo sobre lo que ese entramado de desinformación que orbita alrededor de Moscú no ha sido capaz de refutar de una forma clara y que me haya convencido de que su interés es genuinamente periodístico y respeta las reglas del juego democrático.

No basta con que digan, como suelen hacer, que representan una realidad alternativa con voces diferentes. Publicaron titulares sobre tanques en las calles de Barcelona, bombardeos de la OTAN sobre Madrid y, con la inestimable ayuda de Assange, guerras mundiales y conflictos civiles en España.

Respecto a la entrevista de Assange en *La Repubblica*, era un paso más allá en sus acusaciones contra mí: quería acudir al Parlamento británico —algo que su asilo en la embajada de Ecuador le impedía— para responder a mi testimonio de diciembre ante el comité sobre noticias falsas de la Cámara de los Comunes, en el que me había limitado a repetir sus afirmaciones sobre Cataluña en las semanas previas al referéndum: «Me parece apropiado que responda de la misma manera a la difamación del subdirector de *El País*, David Alandete, que se presentó ante el mismo Comité para difamarme personalmente y al movimiento independentista catalán, en un momento de intenso conflicto político interno en España, que ahora ha producido numerosos presos políticos y refugiados». Esas y otras declaraciones llevaron al gobierno de Ecuador a perder la paciencia con su asilado, y le cortaron al día siguiente las conexio-

nes a internet, la única forma que tenía de estar en contacto con el resto del mundo. A pesar de todo, me pareció una mala decisión, porque Assange tenía y tiene derecho de expresar lo que quiera y es en un juzgado donde debería rendir cuentas por sus actos.

En la misma entrevista que le llevó a la incomunicación, Assange además alababa profusamente al presidente ruso, Vladímir Putin, al que describió como «el líder con mayor capacidad de gestión que Rusia ha visto en años, bajo el cual Rusia ha visto un aumento muy sustancial de las pensiones y los salarios».

Había pasado más de un año desde que Wikileaks filtrara los correos privados de Hillary Clinton y de su jefe de campaña, John Podesta, de los que la inteligencia estadounidense tiene la absoluta certeza de que fueron sustraídos por *hackers* rusos.[8] Aun así, Assange sigue defendiendo que nada le conecta a Rusia y al Kremlin, del mismo modo que desmiente cualquier voluntad de interferir en la crisis catalana, a pesar de que en *El País* publicamos información sobre su reunión con un empresario líder del proceso independentista, Oriol Soler, en la embajada de Londres en la que recibe asilo. Lo que me quedó claro es que Assange no admite críticas de ningún tipo, ni siquiera las que se formulan sobre hechos.

Él y otras personas afines a su causa, como Snowden y Glenn Greenwald, han dado ya a la prensa tradicional por muerta, sustituyéndola ellos mismos y su legión de seguidores en redes por una mezcla de periodismo y activismo que va en contra de la razón de ser del oficio de la información.

Desde que el actual modelo de Estado democrático se consolidara en Europa y Norteamérica después de la segunda guerra mundial, los periodistas hemos sido administradores de un derecho que no nos pertenece: el de una